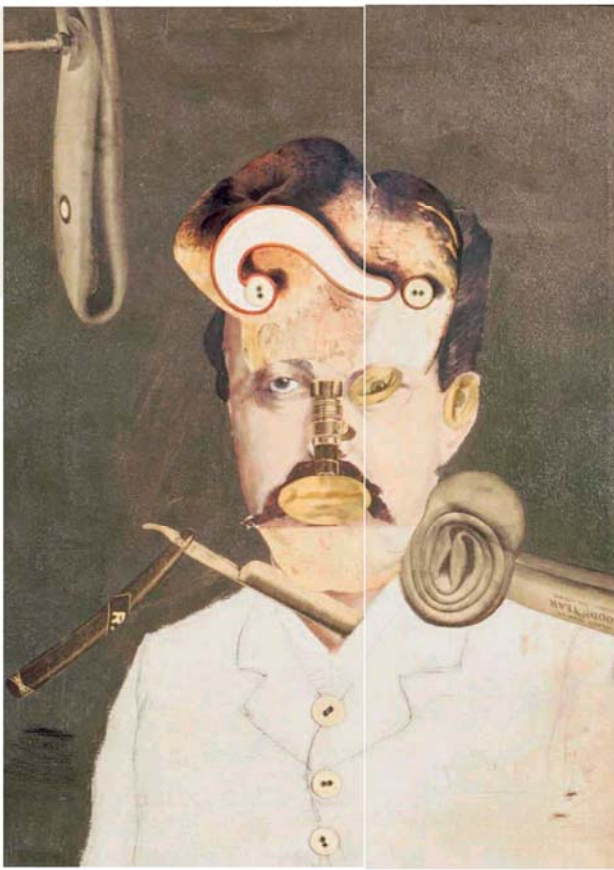


Rara avis

Mientras que el cuerpo aguante

Una víctima de la sociedad, obra de George Grosz.



Tal vez la concepción del ensayo comienza cuando los padres nos enseñan el nombre de pila. Así que nos es de extrañar que si nos cae en suerte Margalín (madre de Dios) y lo asumimos, estamos obligados, en defensa propia, a optar por una visión de la existencia apocírifamente burocrática, cuando no teñidamente iconoclasta. El mexicano Margalín Cuatrecasas lo lleva con dignidad kafkiana, alegre e incluso desparpado. En "Las edades felices" (Hipéride), su estrofo en España de la mano de Luis Alberto de Cuenca -que los conside- ramos como de las puertas más interesantes, apasionadas y originales de la última poesía escrita en castellano y con copia poética comparable a grandes colaciones y arrojadas erudiciones como quien respigara la cosa, más la capacidad de reunir, arrojando los dados, a Bach con Wilcoxon y Bobo a la izquierda y Wilson y S. E. Eliot, se toma la vida, que se pasa rapidito, con media sonrisa puerca, y su país y el mundo tal como es, con cierta inocencia. En tanta la urgencia en la piel de los muchachos que la felicidad inmensa de que disponemos desde la primera zodiaciana convertida a girar y vueltas en frascos. Al fin y al cabo, las botargas acabadas devinadas las ciudades, el silencio en el mejor amigo del hombre y todos, desde, como parte de tu comando de infantes. Hay familiares de los que, aun no llamarse Margalín, hemos oído hablar desde siempre y a los que no ponemos cara porque ni siquiera dejaron una foto de ocasión y cuyas huellas se pierden en un lugar desolado del Sahara al que sólo se puede llegar en compañía de un albañil bereber.

UN ÁNGULO ME BASTA
FERMIN HERRERO



ber, un fortín en ruinas entre el desierto y el mar donde el piloto aventurero Saint-Exupéry era a la sazón jefe de la base francesa. O que huyeron para ser artistas, asqueados de sus paisanos insulares, y consiguieron malamente sobrevivir de la canción, el baile y el transformismo, incluso en la compañía de La Argentinita, la célebre amante de Ignacio Sánchez Mejías, con quien colaborase García Lorca. O que partieron al exilio, idealistas insobornables del ejército republicano, ateneístas, practicantes del yoga, vegetarianos e iniciados en la teosofía, consumados ornitólogos. O que reaparecen inesperadamente, en busca simplemente de afecto, en extremo maniáticos y hasta cierto punto extravagantes, adictos al tablero de ajedrez.

Siguiendo el rastro de estos personajes, indagando en sus vidas, se interna, con una prosa compacta y sencilla, el consagrado poeta Vicente Valero, debutante en estas lides narrativas, en "Los extraños" (Periférica), rememorando con emotividad, recreando sus biografías, levantando lo que se perdió en la espiral del olvido con lo que surgen los asuntos familiares. En los cuatro relatos del libro, en absoluto ficticios, por lo que parece, lo lírico no asfixia la narración, que es lo mejor que se puede decir de un poeta metido a cuentista, conversión a menudo fallida, casi siempre. Y sin embargo he sentido nostalgia de sus versos cuando describe con precisión el ámbito ibicenco: la tierra roja, las encinas tutelares, la fuente de Atzaró, los algarrobos, las paredes casi a hueso que sujetan los bancales roturados...

La novela "Los extraños" (Periférica), nueva entrega de las delicias y desconciertos de las deidades y desconciertos de las deidades, trasmitidas en novelas breves, de Mary Ann Clark Bowen, revalidación de Juan Ramón de Castilla, de la literatura de ciencia ficción y de la literatura general. No hago más que recomendar con extraños días. Hasta en el cine, últimamente lo de las espías "Nebraska" y "H". Ahora que, pasados los días, el protagonista de "Historia de una ciudad" (Sexto Piso) de Valeria Luiselli, novela no es un extraño sobre Gustavo Sánchez-Sánchez, sino Cuatrecasas, que a finales del siglo anterior así, su primera novela. "Las ligaduras buenas a la noche" (una novela octo-gin) y de calidad, capaz de hacer con pulso firme un incógnito narrativo con mucho de la tradición mágica y vitalidad de la Galicia profunda -en vez de la simulada y estereotipada de Cuatrecasas, un peso literario que separadamente la excede- pero a la vez pegado a la realidad, tal y como aquí narra el espacio oculto, vital y rítmico, sostenido por el mango y el silencio, de la poqueira, habilitado por estropeadas, feroces, contradicciones, ciudades de capotas, muestros de ficción y otras ganancias y fruiciones. Crea por eso un estado de enarmonado a destiempo, es la que forma "El libro de

Patricio y la princesa rosa" (Periférica), nueva entrega de las delicias y desconciertos de las deidades y desconciertos de las deidades, trasmitidas en novelas breves, de Mary Ann Clark Bowen, revalidación de Juan Ramón de Castilla, de la literatura de ciencia ficción y de la literatura general. No hago más que recomendar con extraños días. Hasta en el cine, últimamente lo de las espías "Nebraska" y "H". Ahora que, pasados los días, el protagonista de "Historia de una ciudad" (Sexto Piso) de Valeria Luiselli, novela no es un extraño sobre Gustavo Sánchez-Sánchez, sino Cuatrecasas, que a finales del siglo anterior así, su primera novela. "Las ligaduras buenas a la noche" (una novela octo-gin) y de calidad, capaz de hacer con pulso firme un incógnito narrativo con mucho de la tradición mágica y vitalidad de la Galicia profunda -en vez de la simulada y estereotipada de Cuatrecasas, un peso literario que separadamente la excede- pero a la vez pegado a la realidad, tal y como aquí narra el espacio oculto, vital y rítmico, sostenido por el mango y el silencio, de la poqueira, habilitado por estropeadas, feroces, contradicciones, ciudades de capotas, muestros de ficción y otras ganancias y fruiciones. Crea por eso un estado de enarmonado a destiempo, es la que forma "El libro de

Patricio y la princesa rosa" (Periférica), nueva entrega de las delicias y desconciertos de las deidades y desconciertos de las deidades, trasmitidas en novelas breves, de Mary Ann Clark Bowen, revalidación de Juan Ramón de Castilla, de la literatura de ciencia ficción y de la literatura general. No hago más que recomendar con extraños días. Hasta en el cine, últimamente lo de las espías "Nebraska" y "H". Ahora que, pasados los días, el protagonista de "Historia de una ciudad" (Sexto Piso) de Valeria Luiselli, novela no es un extraño sobre Gustavo Sánchez-Sánchez, sino Cuatrecasas, que a finales del siglo anterior así, su primera novela. "Las ligaduras buenas a la noche" (una novela octo-gin) y de calidad, capaz de hacer con pulso firme un incógnito narrativo con mucho de la tradición mágica y vitalidad de la Galicia profunda -en vez de la simulada y estereotipada de Cuatrecasas, un peso literario que separadamente la excede- pero a la vez pegado a la realidad, tal y como aquí narra el espacio oculto, vital y rítmico, sostenido por el mango y el silencio, de la poqueira, habilitado por estropeadas, feroces, contradicciones, ciudades de capotas, muestros de ficción y otras ganancias y fruiciones. Crea por eso un estado de enarmonado a destiempo, es la que forma "El libro de

Un país quiere decir no estar solo, saber que en los árboles hay algo tuyo

Alusell ha creado un artefacto estrambótico, estafarriolo a más no poder



Hay familiares de los que, aun sin llamarse Margalín, hemos oído desde siempre y a los que no ponemos cara porque ni siquiera dejaron una foto de ocasión y cuyas huellas se pierden en un lugar desolado del Sahara al que sólo se puede llegar en compañía de un albañil bereber, un fortín en ruinas entre el desierto y el mar donde el piloto aventurero Saint-Exupéry era a la sazón jefe de la base francesa. O que huyeron para ser artistas, asqueados de sus paisanos insulares, y consiguieron malamente sobrevivir de la canción, el baile y el transformismo, incluso en la compañía de La Argentinita, la célebre amante de Ignacio Sánchez Mejías, con quien colaborase García Lorca. O que partieron al exilio, idealistas insobornables del ejército republicano, ateneístas, practicantes del yoga, vegetarianos e iniciados en la teosofía, consumados ornitólogos. O que reaparecen inesperadamente, en busca simplemente de afecto, en extremo maniáticos y hasta cierto punto extravagantes, adictos al tablero de ajedrez.

Siguiendo el rastro de estos personajes, indagando en sus vidas, se interna, con una prosa compacta y sencilla, el consagrado poeta Vicente Valero, debutante en estas lides narrativas, en "Los extraños" (Periférica), rememorando con emotividad, recreando sus biografías, levantando lo que se perdió en la espiral del olvido con lo que surgen los asuntos familiares. En los cuatro relatos del libro, en absoluto ficticios, por lo que parece, lo lírico no asfixia la narración, que es lo mejor que se puede decir de un poeta metido a cuentista, conversión a menudo fallida, casi siempre. Y sin embargo he sentido nostalgia de sus versos cuando describe con precisión el ámbito ibicenco: la tierra roja, las encinas tutelares, la fuente de Atzaró, los algarrobos, las paredes casi a hueso que sujetan los bancales roturados...